

DONDE MANDA EL ALGORITMO, NO MANDA EL ESCRITOR

POR NICOLÁS BARROSO¹

Los escritores se niegan a dejar de existir. Sin embargo, hoy en día somos testigos de la profunda crisis de su profesión, segmentada al calor del desarrollo capitalista. El auge de lo digital, la cultura del consumo rápido y la mercantilización de la cultura han puesto en tela de juicio el valor de lo literario. En un panorama donde la escritura y la publicación son masivas y el valor de las ideas se mide en *likes* sólo resta preguntarnos: ¿qué queda de los escritores cuando manda el algoritmo?

El actual mercado editorial ha priorizado el *engagement*, lo que desplaza la discusión sobre los libros a un segundo plano. Se genera así un dilema para el escritor que se desdobra en su condición como creador y como producto de la industria. Edgardo Scott analiza esta nueva identidad en su libro *Escritor profesional* (2023). Desde sus inicios, la profesionalización del escritor ha estado marcada por una tensión entre el valor artístico y la necesidad de su supervivencia económica. Las transformaciones del mercado literario en las últimas décadas acorralaron al autor en un rol funcional dentro de una cadena comercial. Es así que el escritor profesional

¹ Profesor de Historia recibido en el ISFD N.º 39. Actualmente, cursando el profesorado de Lengua y Literatura en la misma institución. Además de su formación docente es programador autodidacta y fotógrafo amateur. En su tiempo libre disfruta de escribir biografías en tercera persona, porque ¿quién no quiere hablar de sí mismo como si fuera alguien más?

emerge como una figura altamente visible, dependiente de agentes, estrategias promocionales y tendencias globales. En este contexto, el éxito no se mide por la innovación estética o la profundidad crítica, sino por ventas, traducciones y adaptaciones. La internacionalización del autor y su presencia en redes sociales, ferias y medios configuran una escena en la que el compromiso se subordina a la demanda económica. Para Scott, el escritor profesional no es tanto un autor como un operador eficaz dentro de una industria que premia la visibilidad por encima del riesgo.

Aunque algunos escritores acceden a espacios de reconocimiento, este fenómeno esconde una realidad estructural más amplia: la precarización de su trabajo. La figura del escritor profesional sigue instalada como un ideal al cual alcanzar, pero también encierra una profunda contradicción. La consolidación de dicho modelo está marcada por la crisis de la industria editorial, que dejó en evidencia que no habría ganancias suficientes para distribuir entre todos. La participación en festivales, talleres, colaboraciones periodísticas y redes sociales se convirtió en una exigencia constante, muchas veces mal remunerada o poco reconocida.

Por otro lado, el aparente y natural deslizamiento de lo artístico hacia lo laboral trae un nuevo y fatal deslizamiento —una vez más, me centro, me justifico en las prácticas, ninguna metafísica— hacia la profesionalización ... Es decir: profesionalización y más profesionalización, que paradójicamente han traído mayor precarización laboral en un contexto muchas veces de sobrecalificación de los trabajadores. (Scott, 2023, p. 128)

La industria editorial, en lugar de distribuir equitativamente los beneficios del modelo, reforzó la lógica del privilegio. Unos pocos escritores concentraron las oportunidades, mientras que la mayoría quedó atrapada en un ciclo de sobreexplotación, bajos ingresos y creatividad condicionada por la demanda de las tendencias.

Sin embargo, la crisis del sistema editorial tradicional y el vaciamiento de las instituciones culturales no dejó de ser una oportunidad para otros: “Dentro de la cultura literaria, y en un lapso relativamente breve, todos se volvieron escritores, todos se volvieron editores, todos pudieron publicar en forma inmediata. Internet significó un *shock* técnico en las capacidades humanas de publicación de escritura” (Vanoli, 2021, p.12). El colapso del viejo régimen de consagración trajo consigo la aparición de nuevas formas de circulación, marcadas por el mandato del algoritmo y la autopromoción digital. El escritor se encuentra obligado a diseñar su marca personal, producir contenidos y sobrevivir como pueda en un ambiente donde todos luchan por la atención del consumidor. Los escritores de este siglo se enfrentan a la atomización de públicos y a la desaparición del lector como sujeto político.

Mientras tanto, lejos de los premios y los festivales existe otro tipo de escritor. Más informal, más *trash*. Josefina Ludmer nos habla de la literatura “en éxodo”. Esta otra literatura nace con la disolución del campo literario como esfera autónoma y se desplaza hacia los márgenes.

Aparecen como literatura, pero no se las puede leer con criterios o con categorías literarias (específicas de la literatura) como autor, obra, estilo, escritura, texto, y sentido. Y por lo tanto es imposible darles un “valor literario”: ya no habría para esas escrituras buena o mala literatura. (2007, p.1)

Este nuevo tipo de escritor ya no busca la consagración, sino que flota en la ambivalencia. Se convierte en productor de realidadficción: crónica, diario, testimonio, tuit. La escritura parece ya no apuntar necesariamente a formar una obra duradera, sino a intervenir en el presente.

Todo indicaría que el escritor como figura pública está en vías de extinción. Scott, Vanoli y Ludmer escribieron desde la conciencia de su ocaso. La literatura pareciera siempre estar en retirada. Se dirá que su edad de oro ya pasó: que ya no hay un Borges, un Cortázar ni una Silvina Ocampo. Que las grandes editoriales nacionales y los prestigiosos premios son un mero recuerdo. Que hoy los escritores parecen subsistir en un presente sin épica.

Mientras el escritor trabaja bajo condiciones de inestabilidad, el lector se enfrenta a una oferta fragmentada y mediada por algoritmos que reducen su rol a consumidor pasivo. No solo se debilita la calidad y diversidad de la producción literaria, sino también la posibilidad de construir una comunidad lectora capaz de pensar, dialogar y resistir colectivamente desde la palabra escrita.

Y sin embargo, ahí están. Los escritores sobreviven, aunque despojados de solemnidad y prestigio. Publican en editoriales cartoneras, dictan talleres por Zoom, posteán hilos literarios en redes sociales, organizan una *slam* de poesía, comparten su obra por Google Drive. Tal vez no vivan de la escritura, pero siguen escribiendo. Tal vez ya no tengan una crítica que los legitime, pero tienen lectores (aunque sean pocos) que los acompañan. Hay algo en esa insistencia que no es solo obstinación: es una forma de resistencia. Y del otro lado, también resiste el lector. Aunque mediado por las tendencias, sigue leyendo. No siempre con tiempo ni profundidad, pero sí con interés.

Porque si bien el mercado editorial, las plataformas digitales y la lógica algorítmica impusieron un modelo de visibilidad que muchas veces limita la literatura también abrieron nuevos canales, nuevas estéticas y nuevos públicos. Aunque la figura del escritor profesional se consolide, también lo hace la del escritor comunitario, autogestivo, que escribe desde los márgenes.

La pregunta por el escritor, entonces, no puede separarse de la pregunta por la escritura. ¿Para qué escribir hoy? ¿Desde dónde, para quién, con qué recursos? Lo importante no es sólo constatar su existencia, sino observar cómo se organiza. La literatura no ha muerto, pero cambió de formas y de ritmos. Su institucionalidad se diluye, pero no su potencia. Su canon se fragmenta, pero no su capacidad de decir.

Quizás la solución no esté en restaurar el viejo orden literario ni mucho menos en romantizar la precariedad. Tal vez se trate de construir, desde abajo, nuevas formas de comunidad lectora. De pensar políticas públicas que valoren el trabajo cultural sin entregarlo las reglas de la rentabilidad, de recuperar la escritura como gesto colectivo. En un tiempo en que todo se vuelve fugaz e inmediato, escribir sigue siendo un acto de confianza en el otro. El escritor insiste en existir.

Y esa insistencia, aunque fatigada, aunque fragmentaria, es ya una forma de futuro.

BIBLIOGRAFÍA

Ludmer, J. (18 de diciembre de 2006). *Literaturas posautónomas*. Linkillo (cosas mías): Dicen que... Recuperado el 18 de noviembre de 2025 de https://linkillo.blogspot.com/2006/12/dicen-que_18.html

Scott, E. (2023). *Escritor profesional*. Ediciones Godot.

Vanoli, H. (2019). *El amor por la literatura en tiempos de algoritmos*. Siglo XXI.